

ectamente y tratándolos con el agua hirviendo y la espresion.

Parece que el algodón se da sin cultivarlo. Pertenece á la especie *Gosypuens arborescens* (de hebra corta), que es una de las mejores que existen; pero desgraciadamente es poco abundante, y lejos de prestarse á la explotación, los habitantes de Dahomey no tienen el suficiente para su consumo, y tienen que comprar grandes cantidades á las factorías. Fabrican, sin embargo, telas de algodón; pero sus telares son muy imperfectos y no pueden tejer mas que tiras de 30 centímetros de anchura que cosen unas con otras para formar sus taparabos. El rey nos regaló algunas piezas de aquellos tejidos, y aun hoy conservo alguna de ellas para demostrar que son de una calidad sorprendente por su duracion y la permanencia de sus colores. Así es que están reservadas á los grandes y á los ricos. Los tejedores dahomeyanos apenas usan mas que dos colores: el azul y el rojo. El añil, planta bastante comun en el Dahomey, les suministra el primero, y obtienen el otro machacando, dejando mermar y tratando en seguida con agua hirviendo la paja del mijo.

En Dahomey el hierro y el cobre escasean. Se les usa casi esclusivamente para hacer armas blancas: sables, cuchillos, azagayas, etc., cuya fabricacion es un monopolio real. Estos metales, suministrados por las factorías, son de inferior calidad, y además, como los trabajadores dahomeyanos ignoran el arte de templar, sus armas son muy malas. Los que trabajan los metales preciosos dan pruebas de mayor habilidad, y con frecuencia de bastante gusto en el dibujo y ornato de las joyas, tales como collares, grigris y sobre todo brazaletes de plata, usados por los capataces como insignia de su dignidad. Se procuran el oro lavando sus arenas auríferas de ciertos rios que bajan de la vertiente meridional de los montes de Kong y que, despues de haber atravesado el alto Dahomey, alimentan las vastas lagunas que ba-

ñan el Sur del país. En cuanto á la plata, segun nos manifestó el mismo rey Ghezo, los montes de Kong contienen minas muy ricas, de donde los negros la sacan sujetando el mineral (probablemente un sulfuro) á repetidas funciones. No salgo, sin embargo, garante de la veracidad de esta asercion, porque los negros comercian con plata lo mismo que con polvos de oro, sin que jamás presenten tan preciosos metales en las factorías.

La escritura y los guarismos son desconocidos en Dahomey. Allí están poco florecientes las bellas artes, la arquitectura, el dibujo, la escultura y la música. Los dibujos y pinturas que no he visto aplicados mas que á la decoracion de las paredes del templo de los sacrificios, en Cana, prueban superabundantemente que los artistas dahomeyanos no tienen idea alguna de perspectiva. Lo que mejor he visto en dibujo son los bordados ejecutados en una especie de seda vegetal del país, con reflejos y cambiantes de hermoso efecto, que adornan los estandartes del ejército y los gorros de las amazonas. Los dahomeyanos acaso sobresaldrian mas en la escultura, pues los taburetes prueban algun gusto y cierta habilidad de mano.

En cuanto á la poesía no he hallado de ella otros vestigios que los cantos de triunfo con que los dahomeyanos celebraban su victoria simulada el día de la fiesta de Abomey, y las improvisaciones en honor nuestro que cantaron las mujeres del rey. Estas producciones, sin originalidad llevan el sello del carácter enfático que distingue las obras de imaginacion de los pueblos primitivos.

La lengua dahomeyana es muy pobre. No tiene palabras sino para espresar las necesidades ordinarias de la vida y para designar los objetos que caen bajo la apreciacion de nuestros sentidos. Carece de espresiones para traducir las ideas abstractas, sin duda porque estas ideas no se han engendrado aun en el cerebro de los dahomeyanos.

RÉPIN.

## DOCUMENTOS POSTERIORES AL VIAJE DE MR. REPIN.

### I.

Funerales, tumba y ataud de los reyes.—La gran costumbre fúnebre y la inauguracion del nuevo soberano, etc., etc.

En Abomey está la tumba de los reyes, vasto subterráneo abierto por la mano del hombre.

Cuando un rey muere, se le erige en el centro de este panteon una especie de cenotafio rodeado de una verja de hierro, encima del cual se coloca un ataud de tierra amasada con sangre de un centenar de cautivos, procedentes de las últimas guerras y sacrificados para que sirvan de guardias al soberano en el otro mundo. El cuerpo del monarca se deposita en este ataud, con la cabeza apoyada en los cráneos de los reyes vencidos, y al pie del cenotafio se colocan todos los cráneos y osamentas que se puede, como otras tantas reliquias de la monarquía difunta.

Terminados todos los preparativos, se abren las puertas del panteon, y entran en él ocho *abaías* (bailarinas de la corte), acompañadas de cincuenta soldados. Bailarinas y guerreros, provistos de cierta cantidad de víveres, quedan encargados de acompañar á su soberano al reino de los sombras; en otros términos, se ofrecen en sacrificio vivo á las manos del rey muerto. ¡Cosa estraña! se encuentra siempre un número suficiente de víctimas voluntarias de ambos sexos, que consideran como un honor inmolarse en el osario real.

El panteon permanece abierto por espacio de tres dias para recibir á los pobres fanáticos, y despues el primer ministro tapa el ataud con un terciopelo negro y se reparte con los grandes de la corte y las *abaías* que sobreviven las joyas y los vestidos que el nuevo rey tributa en homenaje á la sombra de su predecesor.

Por espacio de diez y ocho meses el príncipe heredero gobierna en calidad de regente con los dos primeros ministros, en nombre del soberano difunto. Pasados los diez y ocho meses, convoca una asamblea pública en el palacio de Abomey, desde el cual todo el mundo se traslada al panteon. Se abre el ataud y se saca el cráneo del rey muerto. El regente toma este cráneo con la mano izquierda, y acompañando con la derecha una hacha, proclama en alta voz el hecho que la nacion tiene el deber de ignorar: á sa-

ber, que el rey ha muerto y que él, regente, no habia hasta ahora gobernado mas que en su nombre. Al oír estas pretendidas noticias nuevas, todos los asistentes se prosternan y cubren de tierra en señal del mas vivo dolor; pero estas manifestaciones no duran mas que un momento; el regente, dejando el cráneo y la hacha, desenvaina la espada y se proclama rey, y entonces el pueblo, pasando súbitamente de la afliccion mas profunda á la alegría mas expansiva, empieza á cantar y á bailar con todas sus fuerzas, en medio de un concierto de instrumentos de música, cuyo principal mérito no consiste seguramente en la armonía.

En semejante ocasion, es costumbre de todos los grandes y residentes europeos de las *sarames* ó factorías, ofrecer presentes considerables. El conjunto de todas estas ceremonias se llama *el gran Tributo* por escelencia, para distinguirlo de las otras ceremonias ó aniversarios que llevan tambien este nombre.

Jamás la sed de sangre del Moloch africano se manifiesta tan intensa como en esta solemnidad. Centenares, miles de víctimas humanas son entonces inmoladas, bajo pretexto de que vayan á llevar al difunto rey la noticia de la coronacion de su sucesor. Con arcilla petrificada con la sangre de las víctimas, se forma un gran vaso de construccion estraña, en el cual son definitivamente encerrados y sellados el cráneo y los huesos del difunto rey. En ciertos dias, el rey reinante vá á visitar, segun costumbre, esta urna cineraria, en la cual, por entre varias aberturas hechas al efecto, echa libaciones de aguardiente y ofrendas de cauris. Este último artículo tiene por objeto subvenir á las necesidades del difunto en el otro mundo para evitar el que avergüence á su sucesor contrayendo deudas.

Ninguna de estas circunstancias repugnantes ó ridículas que hemos enumerado, segun un testigo ocular (1), faltó á los funerales del rey Ghezo, acaecido á fines de 1858, y á la *consagracion* de su sucesor *Bahadu* (2). En cada una de estas solemnidades, el

(1) Valdez. *Six years of a traveller's life in western Africa*, 1861.

(2) Si bien conservamos á este nombre la ortografía adoptada por M. Répin, debemos hacer observar que en los *Annales de la propagation de la foi* se halla escrito *Badon*, y escriben *Bshadung* la mayor parte de los viajeros ingleses.

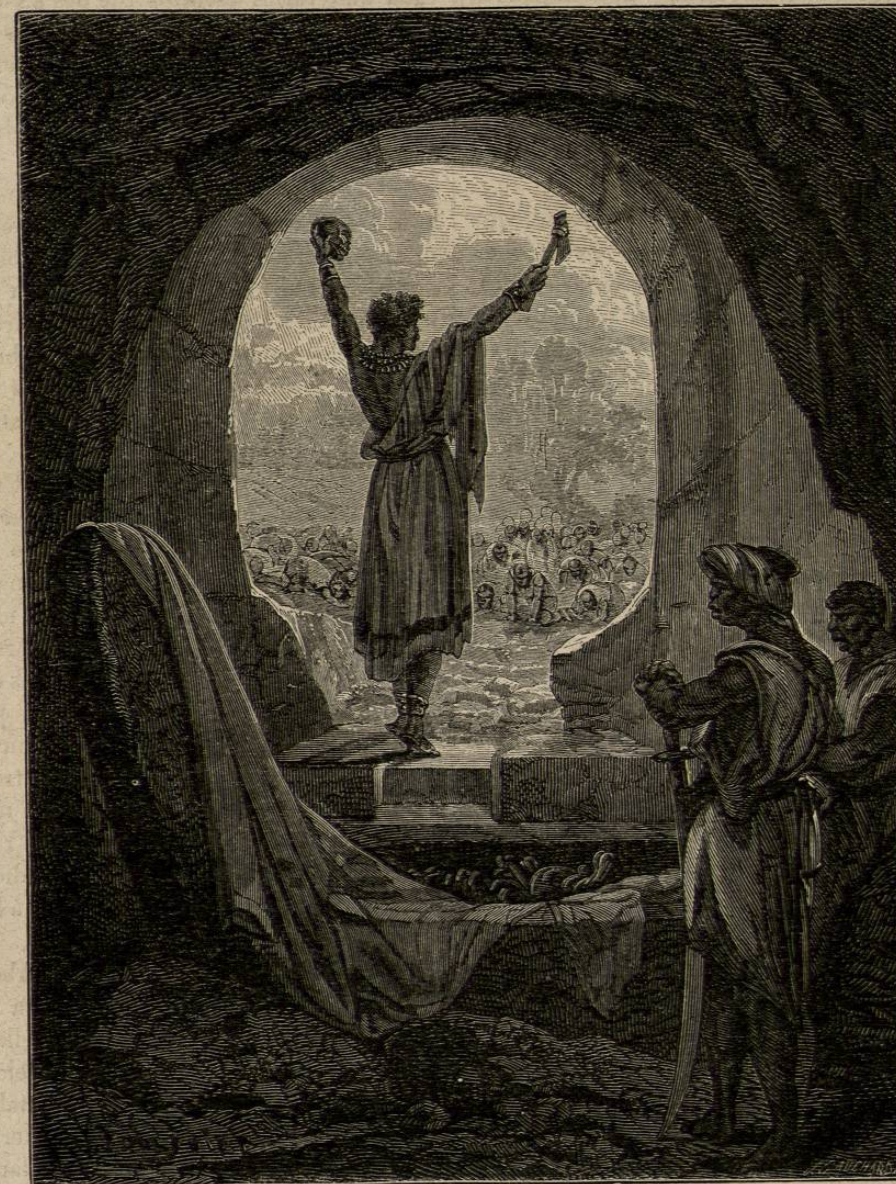


Misionero anglicano crucificado en Abomey en julio de 1862.

nuevo rey se manifestó tal como le había parecido á M. Répin siendo heredero presunto, como el digno jefe del partido conservador de los usos y costumbres de la monarquía dahomeyana.

«A la muerte de Ghezo, escribe desde Wydah un

misionero católico francés, la aristocracia dahomeyana se encontró dividida en dos partidos: los unos querían la conservación de las antiguas costumbres, exigiendo cada año la inmolation de millares de víctimas; los otros querían la abolición. Me abstengo de



Consagracion del rey Bahadu.

revelar el misterio que dió la victoria á los mas malvados. La toma de posesion del príncipe Badu (Bahadu) fue el triunfo de las antiguas leyes, que recobraron todo el rigor sanguinario reclamado por los idólatras. No se crea que la carnicería humana se limita á las grandes fiestas; no se pasa un dia sin que alguna cabeza caiga bajo el hacha del fanatismo; porque la sed de sangre parece devorar á los que se

abrean en ella. Ultimamente la Europa se ha estremeado al saber que la sangre de tres mil criaturas humanas habia regado la tumba de Ghezo. ¡Ojalá no hubiesen perecido mas que tres mil (1)!...»

(1) Extracto de una carta de M. Borghero, superior de la mision de Dahomey. (*Annales de la propagation de la foi*, mayo 1862.

«El 11 de julio de 1860, ha dicho también un misionero protestante, fui invitado para ir desde Wydah á Abomey. Después de dos días de marcha, encontré en mi camino á un hombre que se dirigía á Wydah, llevado en una hamaca y preservado del sol por un vasto parasol. Estaba bien vestido con el traje de los marinos dahomeyanos, y le acompañaba un séquito bastante numeroso. Este pobre hombre, al llegar á Wydah, debía ser precipitado al mar, al mismo tiempo que los dos guardianes de las puertas del puerto, á fin de estar prontos á abrir estas puertas al espíritu del rey difunto, cuando quisiera tomar un baño de mar.

Hallamos en Canna al nuevo rey en persona, que se disponía á partir á su capital, donde nos citó para el día 16. Cuando nos recibió, nos hizo sentar á todos, y después mostrándonos un hombre maniatado y amordazado, nos dijo que era un mensajero á quien enviaba á llevar noticias suyas á su padre. Y el pobre hombre, conducido inmediatamente á la ciudad, fue efectivamente, como más adelante supe, inmolado sobre la tumba del rey difunto. Una hora después de la partida del desgraciado, fueron conducidos delante de Bahadu otros cuatro hombres, acompañados de un ganso, un mono y un pájaro grande. Todas aquellas criaturas, á escepcion de una sola, fueron decapitadas inmediatamente, con la misión de ir á anunciar á los espíritus lo que el piadoso monarca se disponía á hacer en obsequio de su padre. Uno de los hombres debía ir á contarle á los espíritus que frecuentaban los mercados del país, el segundo á los animales que viven en el agua, el tercero á los espíritus que viajan por los caminos, y el cuarto á los habitantes del firmamento. El ganso debía desempeñar la misma misión cerca de los cuaprupedos que recorren los bosques, y el mono debía encaramarse á la cima de los árboles para dar cuenta de todo á sus semejantes. En cuanto al pájaro, más feliz que sus compañeros, fue puesto en libertad, á fin de que, remontándose por los aires, refriese los mismos sucesos á los seres que los habitan.

«Consumados estos sacrificios, Bahadu se levantó de su trono, y sacando su espada, dijo: «Ahora, que soy rey de este reino, pondré bajo mis pies á todos los enemigos del rey difunto, é iré á Abbikutah á vengar en sus habitantes la derrota de mi padre.» Dos de sus principales ministros, el miegan y el mayo, tomaron después de él la palabra para repetir con poca diferencia los mismos conceptos, y después todos se pusieron en marcha hacia la ciudad.

«El 17 el rey hizo golpear el gong para anunciar que el Gran Tributo empezaría dentro de pocos días. La proximidad del término contrarió vivamente á los europeos que se hallaban en la capital, pues tuvieron que resignarse á permanecer en ella.

«La siniestra ceremonia se abrió el domingo 22. No bien apuntó el día, fueron muertos cien hombres, y según se me aseguró, casi otras tantas mujeres fueron degolladas en el interior del palacio. El rey salió entre las descargas de fusilería, y pasaron á saludarle ciento veinte príncipes ó princesas, presentándole cada uno varios esclavos (de dos á cuatro) para ser sacrificados en honor de su padre. Dos ó tres residentes portugueses les imitaron, ofreciendo, si no estoy mal informado (1), una veintena de hombres, y además bueyes, carneros, cabras, volatería, cauris, plata, ron, etc. El rey se prometía evidentemente que los demás europeos imitarían este ejemplo; pero afortunadamente los portugueses fueron los únicos que cometieron tan villanas y detestables acciones.

«El viernes 1.º de agosto, el rey en persona asistió en procesion á los funerales de su padre. Se sepultaron en el sepulcro real sesenta hombres, cincuenta carneros, cincuenta cabras, cuarenta gallos y gran cantidad de cauris. Los soldados de ambos sexos hicieron en seguida grandes descargas, mientras que el rey daba á pie vuelta al palacio. Cuando volvió á llegar delante de la puerta, se dispararon de nuevo muchos tiros, y se degollaron otros cincuenta esclavos. S. M. se había dignado perdonar á otros diez.

«Al día siguiente echó el rey á la multitud cauris y varios efectos de ropa para procurarse el placer de ver cómo se atropellaban los unos á los otros disputándose sus prodigalidades. Durante este primer acto del Tributo, los visitantes del rey le hicieron enormes presentes. Así se emplearon más de tres semanas, y nosotros permanecimos allí unos dos meses sin poder conseguir permiso de marcharnos. Yo lo obtuve al cabo el 1.º de setiembre, pero á condición expresa de regresar el 12 de octubre para asistir á la continuación de las ceremonias.

«Apenas hubimos regresado á Abomey, fuimos llamados á palacio. Junto á la puerta vimos noventa cabezas humanas, cortadas en aquella mañana misma; su sangre corría aun por el suelo como un torrente. Aquellos espantosos restos estaban puestos de manifiesto á uno y otro lado de la puerta, de manera que el público pudiese verlos perfectamente. Cuando estuvimos sentados en presencia del monarca, nos enseñó los presentes que iba á enviar al espíritu de su padre: eran dos carrmatos, varias ruedas, tres platos, dos teteras, una azucarera, un bote con manteca, todo de plata maciza; una suntuosa almohada colocada en una especie de carretón, que debían arrastrar seis Amazonas; tres soberbias hamacas de seda con cortinas del mismo género, etc., etc.

«Tres días después, nueva visita obligada al rey,

(1) Indudablemente el autor estaba mal informado en esta parte.

y el mismo espectáculo: sesenta cabezas recién cortadas, como las primeras, á uno y otro lado de la puerta, y á los tres días otras treinta y seis. En la plaza del mercado principal, el rey había mandado construir cuatro grandes plataformas, desde las cuales echó cauris al pueblo, y en ellas hizo inmolar unas sesenta víctimas humanas. Durante la celebración de tan horribles fiestas, no bajarían de dos mil los seres humanos que fueron degollados, los hombres en público, las mujeres dentro de palacio.

«Habiendo caído yo enfermo al día siguiente, pasé tres días en cama, sin que nadie me diese un bocado de pan, ni una gota de agua; pero la enfermedad me sirvió de excusa para dejar la capital, mientras los otros visitantes que habían sido llamados se vieron en la precisión de permanecer en ella todavía (1).»

## II.

## Política dahomeyana.

En medio de aquel lujo de horrores, un nombre se había escapado de los labios de S. M. Bahadu, que parece dominar lo que en estilo de cancillería se llamaría su política exterior. Este nombre es el de Abbikutah, el de aquella ciudad contra la cual en la primavera de 1851 se estrellaron la fortuna de Ghezo y el prestigio hasta entonces no menoscabado de las armas dahomeyanas. República salida de los despojos del antiguo imperio de Yarriba, con la fuerza de mas de cien mil habitantes, casi todos agricultores que no han traficado nunca con sus semejantes, así siempre abierto á los oprimidos de las comarcas vecinas, como igualmente á los esclavos sustraídos á los negreros por los cruceros europeos, centro en fin de una misión floreciente de la iglesia anglicana, opone una barrera, hasta hoy insuperable, á las razzias que los dahomeyanos tratan de llevar por aquel lado de Oriente. Ellos lo han asolado todo por la parte del Norte y de Poniente, hasta el rio Volta, hasta las montañas del Kongo que no pueden traspasar. La caza empieza pues á faltar á aquellos cazadores de hombres, y sin algunos millares de cautivos para vender á los contrabandistas de carne humana de la costa, ¿cómo alimentar el fausto de la corte de Abomey, el harem y el ejército? «Con todos los demás recursos del reino no habría para una semana.» Es, pues, indispensable que Abbikutah sea anonadada, ó que los monarcas dahomeyanos, privados de su bárbaro lujo de ejércitos, Amazonas y Grandes Tributos, descenden á la esfera de aquellos régulos que viven en la costa de Africa olvidados del resto del mundo.

«Pero para triunfar allí donde su padre fue vencido, Bahadu tiene una absoluta necesidad de municiones de guerra, de fusiles y cañones perfeccionados por la ciencia moderna. Hasta quiere, según se dice, proveer á sus guerreros de preferencia de armaduras completas á prueba de lala. Nada de eso puede encontrar sino entre los blancos, y para atraer á estos á sus fines, nada omitirá el astuto bárbaro. Adormecerá las sospechas, se hará cariñoso y apacible. Hasta llegará, renegando de sus dioses, á suplicar humildemente á un misionero católico de Wydah, que honre á Abomey con una visita oficial, con todo el aparato sacerdotal, y con este objeto se amoldará á todas las condiciones que imperiosamente le imponga el cura cristiano, condiciones que citamos testualmente tomadas del cura mismo:

«1.º Desaparición de todo ídolo ó fetiche á 2 kilómetros alrededor, desde la gran puerta de la ciudad hasta el palacio real.—2.º Desaparición de todo ídolo y amuleto de los adornos militares.—3.º Abstención de ciertas ceremonias, mas ó menos supersticiosas y serviles, en los cumplimientos y saludos, y otras cosas del mismo género.—4.º Limitar á una sola vuelta, en lugar de tres, la recorrida de la inmensa plaza real, y ser inmediatamente admitido en palacio.

«Yo había declarado, dice M. Borghero, que si se me rehusaba una sola de las condiciones, no haría la entrada solemne que se deseaba, y me limitaría á una visita ordinaria. Todo se me concedió y algo más.

«El rey no llevaba mas insignia que un cinto amarillo y azul, con un collar de abalorios. Todos los grandes dignatarios estaban soberbiamente adornados de oro, plata y otras materias de valor, pero ni el mas mínimo vestigio de fetiche. ¿Qué se ha hecho para ocultar los que había en las calles? Lo ignoro. Algunos estaban cubiertos bajo techos de paja, y en el palacio había montones de tierra en lugar de ídolos.

«Se bien, me dijo el rey, que los ídolos no deben aparecer á los ojos del hombre de Dios, porque Dios es mas grande que todos ellos (1). En fin, varios personajes de la corte llevaban colgadas del cuello ricas cruces de oro y de plata.» Ante tanta condescendencia y humildad, el buen misionero creyó en un próximo triunfo del cristianismo en Dahomey.

La ilusión se formó en octubre de 1861. Un mes después, M. Borghero ya no veía ¡ay! en Abomey mas que una *carnicería de hombres* y un *osario* (2). Por último, en marzo de 1862, el arrabal pacífico de

(1) *Annales de la propagation de la foi*, núm. 201.

(2) *Annales de la propagation de la foi*, núm. 206, enero de 1863.

(1) Extracto del *Journal des missions protestantes* (1861).